

SESIÓN NECROLÓGICA EN HONOR
DEL ILMO. SR. D. PABLO MOYANO LLAMAS

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. JOSÉ MANUEL ESCOBAR CAMACHO

La Real Academia de Córdoba contempla en sus Estatutos la celebración de sesiones extraordinarias para conmemorar asuntos de muy diversa índole, en la que a los Académicos generalmente nos agrada colaborar por su carácter científico, divulgativo, festivo e incluso lúdico. Sin embargo hay una de ellas –la que nos ocupa hoy– en la que no deseáramos participar por el significado de la misma, que no es otro que el recuerdo entrañable de un compañero que hasta hace poco tiempo estuvo con nosotros y que lamentablemente no podremos volver a gozar de su compañía.

A pesar de ello, llegado el momento, damos un paso hacia delante y aceptamos intervenir en este tipo de sesiones. Y lo hacemos, creo yo, no por mera obligación corporativa sino porque pensamos que las sesiones necrológicas cumplen dos finalidades esenciales: por un lado, que el conocimiento de la biografía de la persona fallecida vuelva de algún modo a hacerlo presente –aunque tan solo sea por unos minutos– en nuestra memoria, y por otro, el deseo de que dicha sesión sea verdadera laude sepulchrali para el que hasta hace poco tiempo fue nuestro querido compañero.

Sin embargo, mi participación en la sesión necrológica del Ilmo. Sr. D. Pablo Moyano Llamas, fallecido el 14 de mayo del pasado año, no es debida al cumplimiento de una mera obligación, ante la petición de nuestro director, sino que la hago desde el cariño y la amistad –y por tanto con tristeza– que en determinados momentos de mi vida me unieron por motivos profesionales a ese “humilde cura de pueblo”, término –como todos sabemos– que en multitud de ocasiones empleaba nuestro compañero Pablo para referirse a si mismo. Y es precisamente esa expresión la que resume, a mi modo de ver, las dos cualidades más destacadas de su persona: la bondad y la humildad, virtudes que junto a su fe sincera le acompañaron a lo largo de su vida en todas sus actividades.

D. Pablo Moyano nace en Santaella en 1932. Tras sus estudios de Humanidades con los Padres Trinitarios en el Santuario de la Cabeza y en Algorta (Vizcaya), ingresa en el Seminario Conciliar de San Pelagio de Córdoba donde hizo Filosofía y Teología. Fue ordenado sacerdote el 21 de junio de 1959 por Monseñor Fernández Conde y García del Rebollar, siendo inmediatamente después nombrado párroco de San Calixto (Hornachuelos), donde sería capellán de los reyes de Bélgica, Balduino y Fabiola, cuando venían de vacaciones a dicha población. Unos años después, concretamente en 1965, sería nombrado párroco de Montemayor, lugar en el que ejercería su vida pastoral hasta su fallecimiento, siendo nombrado hijo adoptivo de la misma en el 2009. Pero durante todos esos años tampoco olvidará en esta labor pastoral –y ello nos habla de su calidad humana– a los vecinos de su Santaella natal, localidad de la que fue nombrado hijo predilecto en mayo del 2007y en la que se ubica su querido santuario de

Santa María del Valle, donde se venera a la patrona de esta población cordobesa, a cuyo estudio dedicó su libro *Santa María del Valle*, publicado en 1988.

Pero es en Montemayor donde comenzará a desarrollar plenamente su antigua afición de los años del Seminario: la arqueología, centrada en el rescate de los restos ibéricos y romanos de la antigua Ulía. Será precisamente esta labor arqueológica, en la que involucra a niños y mayores para que entreguen los restos que encuentren en los campos de Montemayor, la que le llevará a la creación del Museo de Ulía en 1971 y le valdrá toda clase de elogios por parte de don Juan Bernier en la contestación a su discurso de ingreso en nuestra Academia el 5 de abril de 1984.

Su vida transcurre, pues, entre estas dos vertientes: las pastoral y la de investigación arqueológica. Si la primera trasciende las dos poblaciones de Santaella y Montemayor y llega a toda la provincia cordobesa a través de su actividad de apostolado en la prensa y en la radio, la segunda no le va a la zaga, ya que esa primera afición por la arqueología la convertirá en verdadera investigación y estudio que le llevará a realizar diversas publicaciones sobre historia local y provincial que serán su aval para el nombramiento de Académico Numerario de nuestra querida institución y el de Cronista Oficial de Santaella y Montemayor, realizando en ambas una valiosa labor durante muchos años.

Fruto de la unión de estas dos vertientes antes mencionadas es también su interés y defensa del patrimonio artístico, que lo ha materializado en la restauración de varios edificios religiosos en Montemayor (parroquia y ermitas de Jesús Nazareno, Vera Cruz, San Sebastián y San José) y Santaella, así como el ya mencionado museo de Ulía y el museo de la Plata en la parroquia de Montemayor. Es precisamente en su localidad natal donde ha restaurado la última ermita –la de la Concepción–, donde en mayo del 2011 se inauguró su casa-museo.

Pero no es mi intención profundizar en dichas actividades, que seguramente serán más ampliamente recordadas por los compañeros que intervendrán a continuación en este acto académico. Sin embargo, quiero hacer mención de una faceta de su vida, la que viví más próxima a él durante dos etapas de mi trayectoria profesional y que quizás sea menos conocida: la docente.

Hace casi cuarenta años que conocí a Pablo. Mi incorporación como maestro a Montemayor en el curso académico 1974-75 me dio la oportunidad de mantener con él las primeras conversaciones. Con poco más de veinte años y la ilusión de un recién llegado a la enseñanza, que ya había iniciado hacía unos años los estudios de Filosofía y Letras en el Colegio Universitario de Córdoba, encontrarme con un cura con su peculiar sotana en los años posteriores al Concilio Vaticano II, cuando la imagen que me ofrecían otros sacerdotes compañeros de universidad era muy distinta, me llamó la atención y me hizo adoptar en principio –lo confieso– una postura algo receptiva hacia él. Sin embargo, rápidamente cambié de opinión cuando comprobé el particular modo de atender a su labor pastoral, la proximidad con la que trataba a todos los vecinos de Montemayor, independientemente de su condición social y económica, su preocupación constante por resolver los problemas de los más necesitados y la forma en la que conseguía de las autoridades aquello que él pensaba podía beneficiar a todo el pueblo.

Pero si algo me llamó poderosamente la atención fue la labor cultural que venía haciendo desde su llegada al pueblo. Había instalado un tele-club en las dependencias de la parroquia; había conseguido reunir en una dependencia de la iglesia diversas piezas arqueológicas y fundar un museo de restos ibéricos y romanos de la zona, implicando en dicha labor a todo el pueblo; estaba intentando crear un museo de la plata en la propia parroquia; quería restaurar –no solo la parroquia- sino todas las ermitas del pueblo; desde las aulas del colegio impartía no solamente enseñanza religiosa sino que le hablaba a los niños de Ulía y del pasado de las tierras que ellos habitaban en este momento; daba conferencias a todo el pueblo sobre la historia de Montemayor y de su castillo, haciéndoles ver la importancia que tuvo en épocas pasadas, implicando en esta labor a otras personas de fuera de la localidad; se preocupaba de dar a conocer sus costumbres y tradiciones, de realzar su Semana Santa, sus saetas y saeteros.

Todo ello –como pueden comprobar- excedía de su labor meramente de apostolado, era más propia de una persona comprometida con la enseñanza y la cultura que generosamente la transmitía y compartía con sus vecinos. Esa fue la imagen que me llevé de ese peculiar y entrañable cura de pueblo cuando dos años después mi vida profesional me alejó de Montemayor, Durante los siguientes años el nombre de Pablo Moyano Llamas que yo veía con frecuencia firmando diversos artículos periodísticos ya no era un extraño para mí. Pero el destino quiso que dicha imagen no se difuminara con el paso del tiempo y cuatro años más tarde, una vez terminados mis estudios de Filosofía y realizada la oportuna oposición a Bachillerato, me destinaron como profesor de Geografía e Historia al instituto de La Rambla, donde un año antes, desde 1979, impartía clases de Religión y Moral Católica nuestro añorado compañero.

Durante algo más de diez años compartí con él un período clave y apasionante en el cambio de la enseñanza en España, vivido desde un instituto de pueblo al que iban alumnos de La Rambla, Santaella y Montalbán e incluso del propio Montemayor que acudían porque en él estaba don Pablo, su párroco. La convivencia diaria me hizo conocerlo mejor y descubrir en él cualidades que en los años de mi estancia en Montemayor pasaron desapercibidas.

Pude comprobar en estos años que su compromiso con la cultura, del que fui testigo en Montemayor, no había disminuido sino todo lo contrario, ya que se hacía extensible ahora a todos los pueblos que nutrían de alumnos al instituto, haciéndole conocer y amar la historia y el arte de sus respectivos localidades de origen, incluso les hablaba de los lugares que él visitaba durante sus vacaciones, dándoles a conocer un mundo para ellos inaccesible en ese momento. Su labor en el instituto no se limitaba tan solo a sus clases de religión, a través de las cuales en muchas ocasiones aprovechaba también para que los alumnos conocieran y valoraran su pasado más cercano, sino que participaba como el primero en la organización de actividades dentro y fuera del centro, aunque él en muchas ocasiones por sus obligaciones pastorales –a pesar de la ayuda que en este sentido tenía de su fiel y querido amigo el comandante Jaén- no podía acudir.

Aunque sería el trato diario durante esos años el que me hizo conocer y apreciar –no ya al sacerdote- sino al hombre lleno de fe que había dentro de él, con sus virtudes y como no –como cualquier hombre- con sus pequeños defectos. Y de esta forma me encontré con una persona de carácter dialogante, como pude comprobar en momentos tensos de claustros en los que las asignaturas de Religión y Ética pugnaban por repartirse los alumnos y yo como responsable de cargos directivos tenía que lidiar para

que se encontrara una solución aceptada por todos. Igualmente me encontré con un docente preocupado totalmente por sus alumnos, como demostraba continuamente con el conocimiento que tenía de todos ellos -aunque no le diese clase y fuesen de distintos pueblos-, de sus familias, de los problemas que tenían en sus casas, involucrando al instituto –e incluso a las autoridades locales- para que en la medida de lo posible no afectaran al rendimiento de los alumnos y si era posible se le ayudara a resolver incluso algunos problemas de tipo económico.

Magnífico era también, como pude comprobar en muchas ocasiones, el trato que tenía con los padres, a los que procuraba implicar en la mejora del funcionamiento del centro. Y –como no- en momentos tensos que tiene toda actividad profesional allí estaba Pablo para ofrecernos su “birriosa casilla” –como él la llamaba- en el campo para que con una cerveza o una copa de vino y con su limpio sentido del humor todo aquello quedase totalmente olvidado para que al día siguiente pudiésemos emprender con toda energía e ilusión el quehacer cotidiano.

Posteriormente me vine a Córdoba y mi relación con Pablo se limitó a la vida académica, a partir de mi entrada –de la que se alegró mucho- en esta bicentennial institución, y a esporádicos encuentros con motivo de las reuniones de la Asociación de cronistas, de su jubilación como docente o de alguno de los homenajes que tan merecidamente le han tributado a lo largo de su vida. Sin embargo, pude seguir comprobando como esa vocación docente que estaba innata en él seguía estando presente en cada uno de sus artículos periodísticos.

Después de este breve recorrido por una faceta de su vida poco conocida y que tuve la suerte de compartir comprenderán ustedes que no podía estar ausente en esta sesión necrológica. Sirvan, pues, estas palabras de homenaje póstumo, no al sacerdote ni al académico, sino al hombre bueno y humilde que estaba presente en todas las ocasiones que alguien, independientemente de su condición socioeconómica e ideológica –y de esto saben mucho todos sus feligreses de Montemayor y Santaella- necesitaba de su ayuda o simplemente de su compañía compartiendo una copa de vino. Descanse en paz nuestro querido compañero Pablo Moyano Llamas.

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. JOAQUÍN MELLADO RODRÍGUEZ

Para mí, hablar de D. Pablo Moyano Llamas es, ante todo, hablar de un sacerdote amigo, dedicado en cuerpo y alma a sus dos pasiones centrales, su misión apostólica y la recuperación del patrimonio arqueológico e histórico-artístico de sus dos pueblos, Santaella, su pueblo natal, y sobre todo Montemayor, su pueblo de adopción.

Personas allegadas a él lo definen primordialmente como sacerdote de alta personalidad, intelectual, trabajador infatigable, estudioso de la arqueología y el arte, con gran sentido del humor, de trato muy cercano y fácil, que supo dar siempre a cada uno su sitio, desde el Duque de Frías al más humilde de sus feligreses.

En tres ocasiones tuve la oportunidad de visitar el archivo ducal –por supuesto acompañado y por mediación de D. Pablo–, en los sótanos del castillo y en presencia del Duque y, en efecto, pude constatar la familiaridad y cordialidad con que ambos se trataban, aunque, eso sí, siempre dentro del más exquisito respeto mutuo.

Conocí a D. Pablo siendo yo aún niño, antes de su ordenación sacerdotal; pero nuestro trato como amigos se inició bastantes años después, en el curso 1973-1974, al trasladarme definitivamente desde la Universidad de Sevilla a la recién creada Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba. Teníamos intereses comunes. Un buen día me invitó a que le acompañara a Santaella, su pueblo natal al que se mantuvo siempre vinculado, para ayudarle a leer un epígrafe latino encontrado casualmente por un labrador local. Así comenzó nuestra amistad y allí viví una experiencia inolvidable: tuve la suerte de contemplar, tras vencer alguna desconfianza y recelo, varias piezas ibéricas y romanas auténticamente excepcionales. D. Pablo había conseguido contagiar a algunos paisanos amigos suyos su entusiasmo por la recuperación del rico patrimonio arqueológico de la campiña. En Santaella caló profundamente ese fervor, y habían conseguido recuperar gran número de piezas, que escondían cautelosamente, temerosos del celo con que ejercía su cargo la entonces Directora del Museo Arqueológico Provincial, la Ilma. Sra. D^a Ana María Vicent Zaragoza. Recorrimos varias casas del pueblo para contemplar *in situ* algunas de estas piezas, entre ellas, el magnífico león de época romana, resto de un grupo escultórico que representaba una escena de lucha; éste se encontraba oculto en una casilla, a las afueras del pueblo, enterrado en paja. Pero nuestros anfitriones se negaron a que visitáramos la casa donde se guardaba la pieza más valiosa, la famosa “Leona de Santaella”, aunque nos reservaban una agradable sorpresa: mientras tomábamos una cerveza en una de estas casas, se presentaron cuatro hombres fornidos con la leona envuelta en una manta. Aquel interés del pueblo por su patrimonio fue la semilla que fructificó en el magnífico Museo Municipal que hoy es motivo de orgullo para todo el pueblo de Santaella.

Pero fue en Montemayor donde D. Pablo centró fundamentalmente esa doble actividad, la apostólica y la científico-cultural. La llegada al pueblo de aquel cura joven, y su entrega en cuerpo y alma a su misión sacerdotal, plétórico de fuerzas, entusiasmo e ilusión, incansable, de una admirable capacidad de trabajo..., supuso una auténtica revolución en un pequeño pueblo agrícola, donde, por ejemplo, no se concebía otro horizonte para la mujer que el de su preparación para llegar a ser una buena ama de casa; haciendo uso hábilmente de su cercanía y la simpatía que le caracterizaban, consiguió que algunos padres reticentes autorizaran a sus hijos (de ambos sexos) a cursar estudios, liberándolos así del humilde destino al que estaban abocados. Él fue el creador y alma del teleclub, con cuyas actividades consiguió entusiasmar a todos los jóvenes del pueblo y disponerlos favorablemente para ejercer sobre ellos su labor evangelizadora.

También consiguió contagiar a niños, jóvenes y adultos, a todo el pueblo, su enorme interés por la arqueología. Apoyado en el hallazgo de monedas y epígrafes latinos con la leyenda de Ulía en los términos de Montemayor y Fernán Núñez, pronto se erigió en un defensor a ultranza de la idea de que Montemayor había heredado el emplazamiento de la conocida población romana que tanto protagonismo tuvo en la guerra civil entre César y los hijos de Pompeyo. Y supo inculcar esa convicción y un entusiasmo inusitado a niños y jóvenes, que rivalizaban entre ellos saliendo al campo a buscar restos arqueológicos, monedas etc, que le entregaban para depositarlos en el incipiente museo. También los adultos, especialmente los agricultores, participaron de manera importante en la recuperación de numerosas piezas. Aquellos años sesenta y setenta se mostraron muy generosos en hallazgos arqueológicos en el campo, debido a la extensión de la mecanización de los sistemas de cultivo, especialmente la introducción de tractores capaces de utilizar grandes arados que alcanzaban y removían estratos de tierra más profundos, a los que nunca antes se había llegado. Asimismo las plantaciones de viñedos y olivares propiciaron sorprendentes descubrimientos en toda la campiña cordobesa, donde proliferaron de manera especial las ricas *villae* romanas.

Por aquellos años no era extraño ver a D. Pablo subido en un tractor, (por supuesto, siempre con sotana) acompañando al tractorista cuando se araba en las zonas próximas a los yacimientos más conocidos, donde era previsible la aparición de restos arqueológicos. Incluso, según me contó él mismo, cuando se araba de noche, acudía a la cita pertrechado de su vieja linterna y se subía, a veces, sobre los propios arados para observar con más atención. Este denodado empeño por la recuperación del patrimonio arqueológico de Montemayor, su generosa y altruista entrega al bien de la comunidad, sirvió de ejemplo y animó a los vecinos del pueblo a entregarle las piezas que encontraban, en lugar de lucrarse con ellas en el abundante comercio ilegal que pululaba por toda la campiña. A su éxito contribuyó decididamente la convicción del donante de que la pieza quedaría en el propio pueblo, en su museo, cuya creación tampoco fue una tarea fácil.

En efecto, cuando trascendió la labor de recuperación patrimonial que estaba llevando a cabo D. Pablo, la directora del Museo Arqueológico de Córdoba intentó que las piezas se trasladasen al museo cordobés, a la sazón único museo arqueológico legal de toda la provincia. D. Pablo se negó rotundamente a las exigencias de D^a Ana María, aunque sin el respaldo jurídico necesario para frenar las demandas legítimas de la Directora del Museo Arqueológico. Ante tal circunstancia, a pesar de la tenacidad de este humilde cura de pueblo, todo hacía prever que su proyecto, con el que había

conseguido ilusionar a todos sus feligreses, no podría conducir sino al fracaso, pues su inferioridad en este enfrentamiento era abrumadora. Hoy, con una pujante Asociación de Museos Locales de la Provincia de Córdoba, que aglutina a 25 museos de estas características, resulta difícil –si no imposible- valorar en su justa medida el derroche de energías, inteligencia y sagacidad que hubo de poner D. Pablo al servicio de esta causa hasta conseguir su objetivo. D^a Ana María Vicent, respaldada por la seguridad jurídica y su sentido del deber, insistió en su tentativa y denunció el hecho ante el gobernador civil, quien ordenó incautarse de las piezas almacenadas en Montemayor, para lo que envió a la Guardia Civil. Cuando los miembros de la Benemérita se personaron en la casa parroquial para ejecutar la orden gubernamental, D. Pablo les tenía preparada una desconcertante y descomunal sorpresa: dando muestras de esa inteligencia y sagacidad, se había adelantado a los acontecimientos y, pocos días antes, tras lograr la aprobación del obispo, había conseguido dar de alta el museo, registrándolo como museo diocesano, situándolo de esa manera bajo la protección del Concordato y fuera de la jurisdicción del gobernador civil. Él me lo contaba profundamente emocionado, pero no como un triunfo personal, sino como el éxito de la sinergia del entusiasmo y fuerza de un pueblo ilusionado con un proyecto común.

Éste es el D. Pablo cuya memoria yo quiero reivindicar aquí y ahora.

En su labor de búsqueda y catalogación de piezas recibió gran ayuda del también académico D. Juan Bernier, el arqueólogo de campo que mejor conocía toda la zona. Asimismo dispuso de una documentación privilegiada: una valiosa carpeta personal del que fuera también académico y director del Museo Arqueológico desde 1926 a 1958, D. Samuel de los Santos Gener, que ignoro cómo llegó a sus manos. Entre los documentos en ella conservados –que tuve ocasión de ver personalmente–, todos inéditos, figuraban numerosas notas manuscritas con información y localización de las zonas donde habían tenido lugar hallazgos fortuitos. Debo señalar también que, entre sus insignes informadores, ocupa un lugar de privilegio el Dr. Armin Stylow, del Instituto Arqueológico Alemán, asiduo visitante de la zona durante su fecunda labor de preparación de la actualización del *Corpus Inscriptionum Latinarum* correspondiente a la *Baetica* romana.

El resultado de todo este esfuerzo y trabajo realizado durante tantos años se plasmó en las valiosas –aunque un tanto desordenadas- colecciones del museo, y las carpetas en las que D. Pablo archivaba las fichas técnicas de las piezas más singulares.

Pero la circunstancia que permitió la creación del museo en Montemayor, su adscripción a la Iglesia diocesana, se convirtió posteriormente en un problema. En efecto, amparados en nuevas normativas legales, numerosos ayuntamientos crearon sus museos locales, que fueron nutriendo con presupuestos más o menos abundantes durante los años de bonanza, en los que el dinero llegaba también a la cultura. Pero no ocurrió lo mismo en el museo de Montemayor, cuya singularidad lo mantuvo al margen de estas prestaciones económicas municipales o de la Diputación; hasta tal punto que el que fuera el primer museo local de la provincia, quedó prácticamente en el olvido, sin la ayuda económica necesaria para hacer frente a las urgentes necesidades del espacio mínimo imprescindible para la exposición y conservación de las piezas.

Y no fue este el único problema: D. Pablo, junto a la incuria enfermiza en que se vio sumido durante los últimos años de su vida, vivió solo durante muchos años y,

según creo, no compartía con nadie la valiosa información, que almacenaba en su despacho, sobre numerosas piezas del museo.

Tal circunstancia, agravada por su muerte repentina, hacía presagiar un futuro incierto, tanto para el museo y sus valiosísimas piezas como para toda la documentación científica elaborada o recopilada por D. Pablo. Pero recientemente he cursado una visita al nuevo párroco, para invitarle a este acto en nombre de nuestro Director e interesarme por la situación del museo y, aunque muy apresuradamente, me informó que se ha llegado a un acuerdo entre el obispado y el ayuntamiento para el traslado de las piezas a un nuevo emplazamiento más apropiado, para lo que un arqueólogo municipal está realizando un inventario previo. Esperemos que el proyecto se lleve a cabo a la mayor brevedad, que se adopten todas las precauciones pertinentes y se actúe con el rigor científico y la transparencia que este tipo de trabajo requiere. Es imprescindible que la parroquia y el ayuntamiento, cada uno desde su responsabilidad, aúnen esfuerzos para proteger el legado, actualizar la documentación y poner dignamente al servicio de la colectividad lo que, en definitiva, a la comunidad pertenece: ese rico patrimonio recuperado por D. Pablo con la entusiasta y decidida colaboración de todo un pueblo, al que D. Pablo consagró la práctica totalidad de su vida, con una generosidad y entrega dignas de todo elogio¹.

Y, aunque no creo que haga falta, quiero hacer patente mi propuesta de que el nuevo museo lleve el nombre de D. Pablo Moyano Llamas, nuestro hoy recordado y homenajeado compañero. La gratitud, que no conoce colores ni partidos, ennoblece y dignifica a quien la practica y exige que el noble pueblo de Montemayor demuestre así su reconocimiento a quien fue el alma de este inmenso bien patrimonial, del que todos sus vecinos pueden y deben sentirse orgullosos.

Que Dios, a quien D. Pablo consagró toda su vida y su obra, le conceda el descanso y la gloria que él durante tantos años predicó y a la que todos los creyentes aspiramos.

¹ Esta era la situación el día 17 de enero de 2013, cuando se celebró la sesión necrológica *in memoriam* de D. Pablo. A finales de ese mismo año pude visitar el ya nuevo museo de Montemayor, donde se exponen las mejores piezas de diferentes colecciones en un marco muy adecuado, con un cómodo y diario horario de visitas y gestionado por un equipo de jóvenes entusiastas enamorados de su rico patrimonio. Quede aquí patente nuestra sincera felicitación a la Obispado y al Ayuntamiento por el trabajo realizado.